

CRITICA Y HERMENEUTICA

Sobre el verso 62 de la Egloga IV de Virgilio

Uno de los medios más al alcance del filólogo en su doble menester de indagador de aficiones y emisor de incitaciones nos lo brinda la hermenéutica y la crítica. Las enuncio así, en prieta unidad, como un todo indivisible, a pesar de que tiene cada cual su propio cometido. Propónese la hermenéutica la recta interpretación que conduzca a la cumplida inteligencia de cada pasaje del texto y por ende de la obra toda. Tiende, pues, a esclarecer las tendencias del autor, su específica significación, sus aportaciones e impulsiones, el objeto, en suma, que en ella se propone. Lo que desemboca en la hermenéutica del texto o de la obra completa.

Cumple por su parte a la crítica textual elucidar los errores inherentes a la transmisión de cada texto y arbitrar su enmienda, no menos que decidir sobre la autenticidad de la obra llegada a nosotros bajo el nombre de un autor. Una y otra disciplina filológica se completan estrechamente. Hará notar el filólogo que la hermenéutica es camino que lleva a captar las características expresivas de cada autor, la fisonomía de su alma, su estilo, a percibir la medida de ese logro o fracaso en la angustiosa empresa de ser él mismo, a que cabe reducir el problema de la actividad expresiva. La crítica textual por su parte nos ofrece unida inseparablemente a la historia de cada texto y de los materiales de escritura arbitrados, el proceso de transmisión de la cultura de la antigüedad grecorromana a lo largo del medioevo, del renacimiento y de los siglos posteriores hasta nuestros días. He aquí uno de los temas de más viva incitación entrañada como ninguno en la misma historia de la Filología. Por fortuna contamos para la historia de los textos con copiosa bibliografía. No obstante quizá cumpla encarecer en gracia a su ingeniosidad y a su

amable limitación el trabajo de R. JAMES, *The wanderings and homes of manuscripts*, London, Macmillan, 1919, al lado de la clásica obra de L. HAVET, *Manuel de critique verbal appliquée aux textes latins*, París, Hachette, 1911.

Trataré de demostrar cómo le es dado al filólogo aliar estas dos disciplinas, de conjunto movimiento, a manera de brazos de un mismo cuerpo. Para ello utilizaré uno de los pasajes virgilianos más discutidos, el verso 62 de la Egloga IV.

De los «codices maiores» o grandes manuscritos virgilianos que pudieran servir para fijar el texto, el Mediceus (M), Palatinus (P), Romanus (R), y el Palimpsesto de Verona, Schedae Veronenses (V), sólo el Palatinus y el Romanus contienen el pasaje referido. Y he aquí que uno y otro nos dan del pasaje la lección siguiente:

*Incipe, parve puer: cui non risere parentes
nec deus hunc mensa dea nec dignata cubili est.*

Eg. IV, 62-3.

¿Qué razón existe —se me dirá— para la acérrima polémica en torno a la lección del pasaje? El problema se centra en el verso 62: *cui non risere parentes*. He aquí su fundamento. Apenas transcurrido un siglo de la aparición de la Egloga —ve ésta la luz el año 39 antes de Cristo— Quintiliano en el capítulo III del libro IX de sus Instituciones oratorias, «*De figuris verborum*», estudiando la que consiste en el paso del plural al singular utiliza para ilustrarlo precisamente el verso citado que transcribe así:

*Qui non risere parentes
nec deus hunc mensa dea nec dignata cubili est,*

y que apostilla de la rotunda aclaración siguiente: «*Ex illis qui non risere, hunc non dignatus deus nec dea dignatur*» (ed. Radermacher, Teubner, 1907-35). Ahora bien, en el texto de Quintiliano introduce Bonnel la corrección de «parentes» por «parenti», lección que adopta la hipercritica de Carcopino —autor de una fundamental exégesis de la Egloga— en su deseo de dar a la palabra un sentido concreto y referirlo a la madre de Salonino, ya que el niño no podía sonreír a su padre, Asinio Polión, ausente a la sazón en la guerra. Y aducen los defensores de esta lección el testimonio del

conocido pasaje catuliano (LXI, 219): «*Dulce rideat ad patrem*», de indudable influencia en el pasaje virgiliano.

Procedamos por partes. Cumple en primer lugar aquilatar el valor de la cita de Quintiliano. Dos argumentos se aducen en su favor. Se apoya el primero en que la violenta reducción supuesta en la Egloga por el rétor, cuenta con antecedentes en la poesía latina. Lo cual trata de probar H. J. Rowe en *Clas. Rev.* 40, 1926, pág. 62, con el siguiente pasaje de Plauto:

*Satin si cui homini dei esse benefactum
aliquo illud pacto obtingit optatum piis?* Rud. 1193-4.

¿Veis, pues, cómo los dioses cuando quieren favorecer a alguno hallan siempre algún modo de que los que les honran consigan sus deseos?

A lo que añade E. M. STENART, *ibid.* pág. 156, el ejemplo que sigue del paso de plural a singular:

*Adeone homines immutarier
ex amore ut non cognoscas eundem esse!* Ter. Eun. 225-6.

Tanto cambian los hombres
por obra del amor que no se reconoce que es el mismo!

Mas la violenta «*constructio ad sensum*» de uno y otro ejemplo, reducen su valor —notémoslo bien— a los estrictos límites de la obra plautina y terenciana, dentro del espontáneo movimiento de la lengua hablada habitual a los cómicos latinos, mas en modo alguno fuera de ellos. No puede admitirse por tanto la pretensión de extenderla al instrumento expresivo elaborado con más demorado primor a lo largo de las letras latinas.

Consiste el segundo argumento en atribuir a *ridere* con acusativo el sentido de sonreír, sentido indudable en el pasaje de la Egloga. Se basa la atribución en el hallazgo de Phillimore, inserto en *Class. Rev.* 31. 1917, pág. 23 y de Birt, en *Phil. Wochenschrift*, 38, 1918, pág. 187-192. Mas examinemos su fundamento, esto es, el pasaje plautino, *Captivi* 481, aducido como prueba. Fuerza es en este caso detenerse un punto en el contexto. Cuéntanos el parásito Ergásilo en un chispeante monólogo su treta diaria. Acuciado por

el hambre se dirige al foro, avista el corro de jóvenes ociosos e inicia su asedio insistente con la esperanza de que le inviten a comer. Mas ellos se hacen los desentendidos, Y comenta el parásito:

*Quasi muti silent,
neque me rident. Capt. 481-2.*

La acepción de sonreír en este caso, a nuestro juicio, cuestionable. Más bien parece conviene aquí al verbo el sentido de celebrar, sentido que le atribuye asimismo Ernout en su conocida versión. Por lo que verteríamos así el ejemplo:

Guardan silencio cual si fueran mudos,
sin celebrar siquiera mi ocurrencia.

De donde lo insólito de la construcción de *ridere* con acusativo en el sentido de sonreír, induce a Bonnel a su aireada enmienda, arbitraria a todas luces, de la lección del rétor, consistente en la sustitución del acusativo por el dativo *parenti*.

Caen, pues, por su base los argumentos en defensa de la lección de Quintiliano. Pasemos ya a exponer las razones que abonan la lección que llamaríamos tradicional.

Prescindo del testimonio incontestable ciertamente de los dos códices, los únicos entre los códices mayores que nos transmiten el texto referido, a los que se une la lección coincidente del Mediolanensis y del Guelferbitanus Gudianus 2, entre los menores. Y dejo de ampararme en el esclarecimiento del célebre escoliasta virgiliano Servio —posterior en dos siglos a nuestro rétor— quien resueltamente se pronuncia por nuestra lección. Y todavía paso por alto el argumento que nos depara la inconfundible técnica expresiva virgiliana, de la que desentona la estridente contorsión de la silepsis, sin ejemplo en los trece mil versos de su obra, aun en el poema inacabado e imperfecto en cierto modo, en su Eneida, cuanto más en el punto más visible, en la cima misma de la Egloga de maravilla, allí donde primor e intuición se alían con impecable suavidad, con exquisita delicadeza, con el más radiante pulimento de la poesía toda virgiliana.

Pero es que sin salir de la crítica textual disponemos de un testimonio decisivo. La lección de Quintiliano: *qui non risere parentes*,

procedente sin duda de la costumbre de citar de memoria, generalizada en la antigüedad latina, se basa en una confusión, harto explicable, entre la forma del relativo de uno y otro caso. Sabemos que la forma de dativo *cui* procede del viejo latín *quoei*, originada probablemente —sugiere Lindsay— del instrumental *quō* con la adición de *eie*, dativo de *is*. Y como nos consta sin género de duda *quoei* era todavía la pronunciación al uso durante la juventud de Quintiliano. Por otra parte la forma del nominativo *qui* es la evolución de la grafía arcaica *quoi*, atestiguada hasta la saciedad. Deriva a su vez de *quō*, la raíz pura y la partícula pronominal *i* cf. gr. ὄτος-ί utilizada como signo discriminativo del nominativo singular masculino del relativo. Nada de sorprendente tiene por tanto que Quintiliano tomara una forma por otra, a favor de la doble coincidencia de ambas, esto es, en la escritura y pronunciación.

Pasemos ahora a la interpretación del pasaje, a la entraña de su sentido. Dedicó el poeta la primera mitad de la Egloga —de ese mensaje inmortal de humana esperanza— a enunciar los signos que ilustrarán la infancia, la mocedad y la edad viril del niño suspirado. Y el alma de Virgilio, enardecida ante el estremecimiento de la naturaleza, interrumpe un punto su júbilo suscitado por el presentimiento de los loores que habrá de entonar un día en honor del infante. Y en la vertiginosa andadura de la Egloga, de vuelta a la realidad, concentra en el niño su ansiedad. Y le dirige la más delicada, la más tierna instigación:

*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem!
Matri longa decem tulerunt fastidia menses.
Incipe, parve puer: cui non risere parentes
nee deus hunc mensa dea nec dignata cubili est!*

¡Tierno niño, a tu madre empieza a conocer por su sonrisa!
Diez lunas depararon prolongadas molestias a tu madre:
empieza, tierno niño; que aquel a quien no halagan sus padres con
(sonrisas
ni sienta dios alguno a su mesa ni diosa da acogida en su lecho!

La interpretación del sustantivo *risu* se halla íntimamente ligada con el sentido que atribuimos al pasaje. El recién nacido (véa-

se verso 8) no puede corresponder todavía con su sonrisa a la ansiedad materna. Mas el poeta le pide que aprenda a reconocer la inconfundible sonrisa de su madre. Y a continuación insiste en la complacencia de los padres en su hijo. Reparad en que esta recíproca afectividad, raíz de su mejor poesía humana, late en el punto central de sus Geórgicas, el elogio de la vida del campo. Como la más halagüeña compensación al esfuerzo agotador del labriego al cabo de las faenas del año, en el sosiego del invierno, encarece la correspondencia de sus dulces hijos colgados de sus labios, en que su alma se complace:

Interea dulces pendent circum oscula nati
G. II. 523.

El mismo sentimiento señorea de modo aún más visible la Eneida. Fuerza es ver en la «*pietas*» de Eneas, la doble raíz de rendido servicio a la divinidad y amoroso cumplimiento de los deberes filiales. Pues bien, la clave del poema nos la da la sobrada medida con que corresponde Anquises en el valle del Leteo, al irreprimible afán con que su hijo Eneas se hurta a los riesgos todos en su descenso al reino de la muerte. Del encuentro de padre e hijo, de la impulsión de Anquises a lo largo del desfile de sus egregios descendientes, torna a la luz el ánimo del hijo vigorizado para el cumplimiento de su augusta misión.

Ahí tenéis, apuntada no más, la continuación en sus poemas posteriores, de ese sentimiento privativo de Virgilio, resuelto en la Egloga IV en la más tierna instigación al infante salvador.

Advertid la primorosa armonía que preside la expresión. Sírvese el poeta de un delicado ritmo interno, de pareo compensatorio. Al verso 60; *Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*, corresponde el 62; *Incipe, parve puer; cui non risere parentes*. La correlación —observadlo bien— no se limita a la identidad del ritmo, a la sucesión de largas y breves, a la disposición de la pausa. También el pensamiento se completa y contrapone. La instigación al infante se para y compensa con el encarecimiento de la virtud de la sonrisa anticipada, esencial, de los padres. *Cui non risere parentes —nec deus hunc mensa dea nec dignata cubili est*. «Que al niño al que sus padres no halagan con sonrisas, ni sienta dios alguno a su mesa ni diosa da acogida en su lecho». Establece, pues, Virgilio, como

condición necesaria para que el héroe pueda alcanzar el honor de la convivencia con los dioses, que haya rendido constante culto a sus padres y haya sido de por vida amado de éstos.

Todavía nos es dado añadir un nuevo punto de vista. Los versos 60 y 62, la instigación a la inicial correspondencia del infante a la sonrisa materna y el encarecimiento de la trascendente sonrisa de los padres, son índices de una esencial actitud virgiliana, a modo de constante de su poesía toda: su acezante premura antelatoria. Ciñéndonos a la Egloga, observad que toda ella está urgida de una acuciante anticipación que le insta a operar no más que con presentimientos y vislumbres retrotraídos del plano del futuro a pleno presente visual. Pues bien, la instigación del verso 60 es una muestra más de la técnica que somete el poeta la Egloga. Virgilio en su ansiedad demanda al rostro del niño esperanzador su anticipación, ese primer signo precursor de inteligencia, de amor, sólo a la madre perceptible, ese atisbo de correspondencia a los afanes maternos. A continuación, en el verso 61, —*matri longa decem tulerunt fastidia menses*— actualiza los afanes maternos, las ansias de los meses expectantes, e intuye en el verso 62 el rostro de los padres y vuelve sobre el alcance de esa indefinida seriación de anticipaciones que actualiza la esperanza, las mismas que Schiller acertó a captar plasmando la instigación virgiliana: *Glücklicher Säuling! Dir ist ein unendlicher Raum noch die Wiege; werde Mann und dir wird eng die unendliche Welt!* ¡Infante bienhadado, todavía es para tí la cuna inmenso espacio; pero hazte hombre y será estrecho para tí el espacio sin límite del mundo!

El sentido que asignamos al pasaje de instigación a que corresponda el niño a la sonrisa de la madre y de esperanzada complacencia de los padres a la vista del infante, lo abona entre otros el testimonio de Marx en *Neue Jahrbücher für das Klas. Phil.* I, página 128. El filólogo alemán apoya su aserto en una doble aportación. De un lado, la afinidad de sentido del verbo *risere* en el pasaje con el de Ennio citado por Servio, ad Aen. 254:

*Iuppiter hic risit tempestatesque serenae
riserunt omnes risu Iovis omnipotentis.*

Entonces sonrió el padre de los dioses y todas las bonanzas respondieron con una sonrisa a la sonrisa del Padre omnipotente.

Es patente en el ejemplo de Ennio el sentido de entrecambiar una ronrisa, responder con una sonrisa. Que el pasaje influyó en Virgilio es más que verosímil dada la estricta influencia que ejerció el poeta de Rudias en el mantuano, principalmente en la Eneida, según ha probado en su agudo trabajo «Ennius und Vergilius» el preclaro virgilianista alemán Eduardo Norden.

Adeudamos así mismo a Marx en el artículo citado una valiosa sugerencia. A su juicio entre una y otra parte del verso 62, a saber, entre «*incipe, parve puer*»; y «*cui non risere parentes*» existe una solución o corte en el pensamiento. El poeta alude, al parecer, a algún hecho, fábula o sentencia conocida de sus contemporáneos, que escapa sin embargo a nuestro esclarecimiento. No es maravilla que algo permanezca, mal que nos pese, hurtado en parte a nuestro conocimiento en el vaticinio transido de misteriosas resonancias — mesiánicas, dionisiacas, neopitagóricas, apolineas— donde seguimos creyendo los cristianos que el dedo de Dios ha pasado por allí.

Brindo el tema, que demanda ciertamente esclarecimiento, a la curiosidad de los virgilianistas españoles, no sin pensar en ese secreto designio que parece porfía en seguir celando a los ojos humanos no pocos de los pasajes de la poesía virgiliana. Y es que tal vez tenga aplicación en este caso la humana consideración de nuestro perturbador Quintiliano: «*Inter virtutes philologi habebitur aliqua nescire*».

JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA

Catedrático del Instituto N. de E. Media «Verdaguer»
de Barcelona.